

los claros de los árboles; luego vió otra y otra yendo á parar en determinado sitio, el ocupado probablemente por sor Noeline y que él no descubría. Allí era, mas ¿cómo llegar? ¿cómo, sin que de la calle lo sorprendieran y en el Convento no se armara el gran escándalo?..... Si sor Noeline estuviese de acuerdo y procurara permanecer á solas un instante!..... Con razón los novios de las "grandes" con ellas charlaban y cambiaban misivas! Estaban tan próximas las dos orillas.....

Rafael golpeaba el suelo con su bastón, que se entraba en la tierra floja, descorazonado de ni contemplar á sor Noeline no obstante sentirla á unos cuantos pasos; descorazonado de carecer de inventiva para salvar dificultades. Fatalmente, se le apareció Chinto en la retina; Chinto, el hombre de los planes y de las travesuras afortunadas; el que le debía dinero y no podía negarse á servirlo. De nuevo se metió en su *coupé*:

—Al Club, á escape!—mandó Rafael á su cochero, convencido de que sólo Chinto era capaz de inventar algún ardid salvador. Chinto ó nadie en el mundo.

III

El Sport Club reía á mandíbula batiente desde la víspera en la noche, en que se hizo pública la ocurrencia. Los ancianos, socios graves y formales, reían; reían los jóvenes, la servidumbre, los azulejos de la fachada, el edificio entero reía hasta desternillarse, de la malignidad de Chinto.

De tal suerte, que cuando Rafael preguntó por él, del fondo de su carruaje, los socios que llenaban el zaguán le contestaron con una carcajada inmensa, descortés de puro sonora y sostenida, que hizo volver la cara á los transeuntes y amoscó á Rafael.

—¿Estaban locos para reír de ese modo?
¿Qué ha sido, hombres?.... Hable alguno.....

—Pues, que ¿ignoras lo que hizo Chinto anoche en pleno teatro Principal? Tú caes de las vigas, chico, de las vigas.

É interrumpiéndose con sus propias risas que no desaparecían del todo, que de repente volvían á ganar á los socios, contáronle á Rafael lo ocurrido, la diablura de Chinto poniendo en ridículo á Zutáñez, el enamorado de la Aguilera, la tiple recién llegada y á la moda. Por su especial estado de ánimo, sin duda, no encontró Rafael suficiente gracia en el chiste, para que tanto lo festejaran y aplaudieran; era una grosería de marca mayor que ni Zutáñez ni otro menos irascible que Zutáñez debía tolerar; era una indecencia de Chinto, que podía costarle cara en cuanto averiguaran que el autor era él. Pero como los socios seguían riendo, Rafael les llevó la corriente y rió con ellos.

—¿Y no vendrá Chinto?

—Nunca viene á estas horas y hoy con mayor razón no ha de venir. Si acaso viene, vendrá á las siete; ya sabes que es su hora.

Y en unión de dos ó tres de ellos subió Rafael á la cantina, á tomar el aperitivo. Allí tuvo que escuchar nuevamente la hazaña de su protegido, en medio de pormenores más brutales, los que sólo se cuentan en confianza. Unos opinaban que Zutáñez desafiaría á Chinto; otros, que las dificultades se zanjarían con unas cuantas bofetadas, y los optimistas garantizaban que no habría nada, porque ellos intervenirían á tiempo para que nada hubiera. Rafael, en ascuas, no cesaba de mirar al reloj de la pared, las dos y media! y se despidió del grupo; nó, no comía, muchísimas gracias; precisábale ver á Chinto y lo buscaría en su casa. En la puerta de la calle despachó su carruaje al domicilio, y en la esquina de la de Gante tomó uno de bandera azul, con buenos caballos, cuyo auriga lo saludó respetuosamente, con algo de malicia en su fisonomía inteligente de antiguo granuja metropolitano, que lo mismo conoce los últimos rincones de la ciudad que los primeros apellidos de sus hijos; una malicia refinada y espiritual, que

con gusto se pone al servicio del "patrón" que lo ocupa, para lo que le mande, sea aprobado ó reprobado; característica que hace del cochero de punto en esta buena ciudad de México, un tipo exclusivo de ella y muy interesante; en continúa pelea con los bandos y con los agentes de policía; eterno victimario de extranjeros, especialmente si son *yankees* y *yankees* excursionistas, para los que descaradamente disminuye el andar de los penceos y aumenta los precios de la tarifa; benefactor ignorado de pecadoras en boga, á las que fia el vehículo días enteros, y hasta semanas, seguro de que al hacerse ellas de recursos estiman el favor y pagan la deuda con liberales y espontáneos réditos; enamorado empedernido de criadas y modistillas bonitas; recio bebedor de "curado," al que rara vez le consiente que se le suba á la cabeza; fumador y tahir; amigo de escándalos y bodorrios; valeroso y digno; muy celoso de su elegante traje de charro, que lleva con soltura; altanero y zumbón, y sin embargo, simpático, jovial, llegando hasta el sacrificio de su libertad

y de su pellejo si el parroquiano que se la exige es santo de su devoción.

—3^o de Bucareli, número 2,020; vete despacio y por las calles de la Providencia; por si veo en ellas á quien busco.

Era la morada de Chinto, en la dirección indicada, una vivienda baja de las cuatro que formaban una casa nueva, de piedra y sin ornato; la fachada lisa; sobre la acera el zaguán y cuatro balcones, dos de cada lado, y arriba cinco balcones más con sus respectivos barandales de hierro. En el portal, de cuyo techo pendía un farol con quinqué de petróleo, dos puertas vidrieras con *visillos* distintos; por ellas se penetraba en cada una de las habitaciones de abajo, previo ascenso de seis escalones de losas. Á la derecha del inmueble, levantábase un palacio moderno, con jardín de rejas, doradas en sus remates, y entrada especial para carruajes, y luz eléctrica en el vestíbulo de cristales apagados; á la izquierda, había una barda de adobes reforzados con piedrecitas desiguales, coronada con puntiagudos pedazos de vidrio, con

un rótulo en el centro, de letras negras, enormes, sobre fondo encalado:

“SE ALQUILA Ó SE VENDE ESTE TERRENO”
 “INFORMAN EN LA 1ª CALLE DE MESONES, N.º 10.”

Después del portal, el patio, con una fuente á la mitad; dos corredores con macetas de flores, con jaulas de pájaros y más vidrieras; en el fondo, la escalera conduciendo al piso superior, y debajo de ella el cuarto del portero, con una pizarra suspendida en el muro, y suspendido también, un buzón de hoja de lata pintada de negro, para cartas y periódicos. Sin haber tropezado con Chinto, llegó Rafael á esta casa, se bajó del simón y sin preguntar nada al portero,—sastre de viejo que con su almohadilla en las piernas conformóse con lanzarle una despreciativa ojeada al través de unos anteojos empañados que se escapaban de la nariz,—llamó en la vidriera del portal.

—¿Está el señor?—inquirió con una criada que se asomó por el corredor enjugándose en el delantal las manos,—dígame usted que lo busca Rafael Bello y que me urge mucho hablarle.

Chinto en persona, con una punta de la servilleta metida en el escote del chaleco, abrió la vidriera:

—Tú por aquí, Rafaeluco, ¿qué te ocurre?.... Entra, estamos acabando de comer ¿quieres tomar algo?.... ¿no?.... Adela!—gritó cerrando la puerta de madera que conducía á las habitaciones interiores, —mándame mi café y el coñac!.... te daré una copita.

Mientras la criada hizo dos ó tres viajes al comedor y llevó las tazas y la bandeja y la botella, Rafael que por primera vez pisaba esa casa, examinó la sala; sin alfombra, albeando de limpios el piso y los muebles, con tejidos de gancho en los respaldos del canapé, de los sillones y de las sillas; una *étagère* corriente, con juguetes, chucherías y retratos; un rinconero de caoba, antiguo, con algunos libros, y un busto en yeso de don Gabino Barreda—el maestro de lógica de Chinto á su paso por la Preparatoria,—y un quinqué con *abatjour* rosa, de papel encarrujado; en la pared, dentro de marco sencillísimo el

romo de "La Sirena" que representa un muelle toscano, por cuya escalera baja apoyándose en la mano de un oficial de marina, una muchacha de sombrero de paja y saya corta que deja ver sus pies y el nacimiento de la pierna; junto á la escalera, un bote tripulado por marineros vestidos de franela azul, que esperan á la guapa viajera, y allá lejos, un yate de vapor, con arboladura de pailebot, y el mar tranquilo, terso, con un rizo que otro en su superficie verdosa de puerto con poco fondo. Haciéndole *péndant*, en la otra pared, y sin marco, detenida con tachuelas de cabeza dorada, la "prima" obsequiada por la empresa editora del "México á través de los siglos," el fray Bartolomé de la Casas, defendiendo á los indios con la cruz y sus oraciones, de pie en las gradas de un templo azteca convencional; un indio muerto y una india hincada, abrazándole las rodillas al santo. Sobre el canapé de la estancia, dos abanicos ordinarios, obsequio de una droguería, cogidos graciosamente con cintas de raso lila; en medio de la pieza, un

velador sustentando una licorera y un álbum de fotografías, descuadrado; y esquinado en un ángulo, el gran lujo de la vivienda, un piano vertical con moños en sus arbotantes de bronce reluciente, intacto, nuevo, destacándose su funeraria negrura abrillantada, de la opacidad del resto del menaje. En cuanto se quedaron solos, después de cerrar con el pestillo la puerta de comunicación, dijo Chinto:

—Me desafía Zutáñez por lo de anoche y vienes á prevenirme, ¿no es cierto?....

—Si por eso viniera yo, vendría á regañarte, pero no he visto á Zutáñez ni sé lo qué haya resuelto hacer. Vengo por tí, para que me acompañes á ver á sor Noeline y quizá á hablarle.... Coge tu sombrero y vámonos, que no hay que perder tiempo...

—Chist, Rafael, cuidado; aquí no se habla de barbaridades,—repuso Chinto bajando la voz y mirando hacia la puerta cerrada,—ya sabes que este es mi tabernáculo, la casa de mi hija, cerrada para todo bicho viviente; ya sabes que aquí soy otro... Espérate un momento, que en seguida salgo

—y abandonó á Rafael, siempre cerrando con extremo cuidado la puerta de comunicación.

Repentinamente, Rafael pensó que aquella casita era un seguro asilo para guardar á sor Noeline en el supuesto de que huyera del Convento; un supuesto improbable, ni quien afirmara lo contrario, pero no imposible, imposible nó—repetíase en el soliloquio que comenzaba apenas, cuando Chinto ya listo lo invitó á que salieran.

—A la hora que gustes,—dijo tendiéndole su bastón y su sombrero—afuera estaremos con más libertad.

Y le hizo los honores de salida con toda la formalidad de un hombre de juicio.

Rafael, entre risueño y serio, salió tras él, seguro de que en la calle reaparecería el Chinto que necesitaba; lo empujó al coche y se puso á indicar al cochero por dónde y cómo habían de irse hasta la espalda del Santo Espíritu, describiendo grandes curvas con los brazos, encareciendo lo delicado del viaje:

—Á tí te conozco y estoy tranquilo;

¿conoces tú á tus caballos; servirán para cualquier cosa?.....

—No más mándeme, jefe—le contestó el cochero restallando la fusta en el aire para alborotarlos—mírelos qué ganosos.

Y arrancaron en efecto, con tanta gana, que parecían desempedrar el piso que iban golpeando con sus cascos herrados.

—Desembucha, don Juan Tenorio, ¿vas á *raptarte* á tu doña Inés? porque entonces aquí sobra uno y ese uno soy yo.....

—Decididamente, Chinto, tienes el talento de ser majadero; ó pones en tu casa una cara de vinagre ó eres impertinente é inoportuno fuera de ella..... Me ves preocupado, sin tino, y saltas con tus chistes.

—Dispensa, hijo, no sabía yo que se tratara de poner cara de entierro..... Dame uno de tus puros para que me esté quieto.....

En breves palabras, Rafael lo puso al cabo de la enfermedad de sor Noeline, de su alivio, del lugar que ocupaba en aquellos instantes en el jardín del Colegio; de cómo

en ese lugar las alumnas se veían con sus novios, de lo fácil que sería brincar la zanja y llegar hasta ella; pero ¿si lo veían de la calle, si sor Noeline no estuviera sola ó si estándolo se asustaba y gritaba y se armaba un escándalo y á él lo sacaban entre dos gendarmes?

—Aconséjame, Chinto, te lo suplico; haz que la vea yo, que le hable aunque me prohíba acercármele, aunque no me responda.... Ya no puedo, Chinto, ya no puedo; estoy muriéndome por esta mujer...

Chinto ya no bromeaba; sacudió primero la ceniza del puro, después su fuego; y con el ceño fruncido mirábase en el cristal del carruaje que andaba por las vecindades del Colegio.

—Pues, una de dos, Rafael: ó te sacas á la monja, á riesgo de cuanto hay y te resignas á que paremos en la cárcel, como indefectiblemente pararemos, no te apures; ó renuncias á tu descabellado capricho y ahora mismo nos volvemos á reflexionar que de buena escapamos, á Dios gracias.... Elige, que en uno ú otro caso estoy contigo;

mas piensa antes en todas las consecuencias á que te expones.... Supón que te robas á sor Noeline, lo que es muchísimo suponer porque esta es la hora en que no sabes si le eres simpático siquiera; pero supongámoslo, te adora y está resuelta á tomar contigo las de Villadiego; desde luego, ¿á dónde te la llevas? ¿en dónde la escondes con hábitos y todo, pues imagino que si llegas á sacarla del Colegio no la sacarás desnuda, verdad? Figúrate que ya está aquí, en este coche, desmayada, naturalmente siendo mujer, ¿qué haces con ella?....

Rafael meditaba, é igual que Chinto, tampoco hallaba fácil salida á tanto inconveniente; como siempre que después de anhelar la realización de lo que hemos perseguido, sentimos cerca esa realización, pero á trueque de riesgos y peligros, y casi nos arrepentimos de provocarla, y en nuestro interior quisiéramos ver surgir un tropiezo incontrastable que empiece por sincerarnos ante nosotros mismos de ese reblandecimiento de nuestras energías y luego nos sincere con los demás, y nos ate las manos,

y prescindamos de lo que pretendíamos, con airosa retirada. No obstante los deseos carnales en que Rafael se incendiaba, no obstante que por sor Noeline, por tenerla en sus brazos y en ellos aprisionada con ella huír y arrostrar todas las catástrofes y disputársela á cuanto intentara arrancársela; no obstante que en sus insomnios y desesperanzas de macho insaciado, en sus paroxismos solitarios, hambriento de su carne virgen y nacarada, habría ejecutado la mayor locura, no obstante eso, ahora que Chinto le enumeraba las dificultades que él se había enumerado mil ocasiones y mil ocasiones allanado por inferiores á su deseo de poseerla, hasta conformándose con la más trascendente para su criterio de católico, perderse él en la otra vida y perderla á ella si la ganaba en ésta, ahora que la sabía á un paso, débil sin duda y sin resistencias para oponerse al agravio supremo, ahora Rafael flaqueaba, esas mismas dificultades lo acorbardaban, lo enmudecían, y por contestar algo dijo á Chinto:

—Por mi desgracia, no he de verme en

semejante caso; sor Noeline no ha de escaparse conmigo.... pero si lo hiciera ó si yo tuviera valor para robármela.... me la llevaría á tu casa por lo pronto, y después....

No le permitió Chinto que continuara; con terrible acento y con iracundo ademán lo interrumpió, fuera de sí:

—Mira Rafael, que ni en broma te ocurra esa blasfemia; mi casa es sagrada no por mí sino porque en ella vive mi hija y para vivir con mi hija no me parece suficientemente pura ni toda la Corte Celestial.... no admito ni á un santo, ¿lo oyes? ni á un santo!.... ¿cómo había de consentir que llevaras á tu querida?....

En el desfallecimiento de ánimo que agobiaba á Rafael, la dura expresión de Chinto fué el pretexto honroso para la retirada. Con facticia morbosidad, por lo nervioso que se hallaba, comenzó una breve defensa de sor Noeline, reprochó la palabrota, que no toleraba, que no toleraría nunca—repitió cinco ó seis veces.

—Jamás he faltado al respeto que tu hija

merece y lo que te propongo en nada lo amengua. Todo se arreglaría si tú me ayudas..... En tu salita, por ejemplo, diciendo á tu hija que es para un amigo enfermo ó herido ó pobre.... Te doy mi palabra de honor que en tu casa no *pasaría nada* ¿me comprendes?.... En primer lugar, vuelvo á decirte que no creo que sor Noeline se fugue conmigo ni con nadie, pero concediéndolo, no sería mi querida, no seas bárbaro Chinto, sería mi esposa, mi novia, qué se yo lo que sería, pero una "querida," nunca, te lo prometo....

—¡Tu esposa, tu novia?..... vamos hombre, parece mentira que pienses y digas ciertas cosas; ó eres un gran tonto ó á mí me has visto cara de....—y aquí Chinto largó otra palabrota más enérgica todavía.—Te he dicho que en mi casa no, y nó, se ha concluído. Búscate otro nido en el que la pongas hasta bajo capelo de vidrio, como los relojes antiguos.

Rafael entonces se aferró á su súplica; supuesto que no accedían á ella, insistiría él para demostrarse que había hecho cuanto

podía hacer; mas, á medida que Chinto multiplicaba sus negativas, encolerizado de veras, Rafael que era el rico, el protector del parásito rebelde que por excepción se oponía á sus mandatos, se irritó, convirtió el problemático raptó de sor Noeline en hazaña facilísima, pendiente sólo de la voluntad de Chinto, y humilló á éste:

—Eso se saca uno de favorecer á ingratos como tú, eso. Si en lugar de haber tenido en mí á un amigo que no te ha negado ni su afecto ni su dinero.... sí, óyelo bien aunque te duela, ni su dinero, otro gallo me cantarían.... Tu hija! tu hija! ¿quién te la ofende ni quién se mete con ella?.... Hazlo por tu propia hija, Chinto,—agregó Rafael, cambiando de tono,—si te prestas á lo que te ruego, fíjate bien, á lo que te ruego, no me debes nada, como si nunca te hubiese yo dado un centavo; además le regalo, por tu conducto se entiende, á tu nombre, tres acciones de "5 Señores," para que aun cuando tú mueras, pueda ella vivir pobrementemente de huérfana honrada, ¿te conviene?.... Por otra parte, repara en

que estamos peleando por "el color del coche" del refrán.... ¿qué sabemos si ni será necesario tu favor?.... ¿dices que sí?

Y el dinero, el eterno corruptor, hizo sus efectos. Chinto, ablandado, no decía ni que sí ni que no; esperaba más argumentos, por mera fórmula, para consentir en la exigencia de Rafael. En efecto, lo probable era que sor Noeline no se fugara, y si se fugaba, pues, qué remedio, los encerraría en la salita, á piedra y lodo, inventándole á Adela un embuste y mudándose de casa en seguida; con lo que no faltaba á su compromiso y ponía á salvo el pudor de su hija, única beneficiada por la donación de las acciones mineras. Tenía razón Rafael, si él, Chinto, venía á morir, ¿qué sería de Adela, sin más recursos que su juventud y su inexperiencia?....

—¿Qué sucede, aceptas al fin?—le preguntó Rafael, echándole un brazo al cuello.

Frente al mudo asentimiento de Chinto, una afirmativa inclinación de cabeza, Rafael acabó de abrazarlo:

—¿Sí?... ¿sí?... pues ahora, aconséjame, anda, ¿cómo me meto en el jardín y cómo le hablo á ella?....

Bajáronse juntos del carruaje y juntos examinaron la zanja; Chiuto con aires de perito y Rafael acobardado, siguiéndolo sin chistar; repitiendo en alta voz, como para proporcionarse el valor de que carecía:

—¿Qué felicidad, Chinto, la voy á ver y le voy á hablar, qué felicidad!...

—Por aquí—dijo Chinto, deteniéndose en el ángulo de una tapia y sobre el borde mismo de la zanja.—Por aquí puedes ir y volver tú solo; es lo más angosto, y hasta un muchacho puede brincar sin riesgo.... Ahora, si ella vuelve contigo, necesitamos un puente, un pedazo de tabla, porque si intentara brincar sor Noeline, se enredaría en su hábito y se nos cae.... Oye! (*al cochero que los observaba semi vuelto en el pescante, con un codo apoyado en el techo del vehículo*), ven acá y dinos dónde nos facilitarían una viga para tenderla aquí, mira....

—¿Es para pasar al otro lado?—repuso el cochero.

—Para eso precisamente; ve á conseguirnosla en alguna de las casas en obra, pagando lo que te pidan, corre....

—Es mejor mi pescante, jefe, vamos midiéndolo.

Pero tuvieron que aguardar unos instantes, para que nada maliciara un grupo de individuos que acertó á cruzar por la calle.

Solos de nuevo, midieron el asiento largo forrado de hule, que se halla en los pescantes entre el "cojín de cuña" del auriga y la cajuela en que se guardan las gamuzas, las llaves de tuerca y la esponja, y dió el tamaño, resultó un puente practicable y cómodo. Notificóse al cochero que estuviese listo para cualquier emergencia; introdújose Chinto en el coche y Rafael penetró en el jardín del Colegio, que respiraba un tranquilo silencio.

Sor Noeline había pasado el día medianamente, entre desvanecimientos y melancolías; regocijada, sin embargo, de que por su inquietante estado ni la superiora ni nadie le hubiera hablado de lo del confesonario; regocijada también de que

la silueta de Rafael no se levantara á enturbiar esa calma interna que la ganaba y sumía en una deliciosa quietud espiritual. La existencia del *pensionato*,—frase que había puesto de moda la monja profesora de español,—la existencia del *pensionato*, no se alteró. Alternativa y sucesivamente, religiosas y educandas llegábanse á sor Noeline, la saludaban, se informaban de su mejoría y la dejaban bajo la custodia de la hermana enfermera, quien á corta distancia, hacía labor unas veces y lecturas piadosas otras. Una lega les sirvió el almuerzo á la enferma y á su cuidadora, que de cuando en cuando se paseaba por entre los árboles, con objeto de ahuyentar el sueño y el tedio que la asediaban. Al obscurecer, venció á sor Noeline una somnolencia en la que se le confundían los hechos reales y los imaginados, sin que atinara con cuáles eran éstos ó cuáles aquéllos. La debilidad de por la mañana, tornaba á embargarla dulcemente, á impedirle que moviera los pies ó que abriera los ojos; tornaba á convertirle en apetecible morir

así, sin que se enterasen de su muerte ni pudieran atajársela, una muerte por acabamiento, mirando al cielo y sin pensar en nada. Al propio tiempo, mucho la consolaba saberse cuidada tan de cerca por aquella hermana serena y fuerte, á la que veía como en sueños, con entreabrir los ojos que cerraba en seguida, para mejor aprisionar la sonrisa con que desde un banco vecino la acariciaba. Las niñas, con el murmullo de sus juegos, con sus acercamientos hasta ella á besarle las manos, á preguntarle cómo seguía, también la consolaban y convencían de que no era rechazada; adormecíanla en suave atmósfera de simpatía, y reposaba confiadamente, ni dormida ni despierta, creyéndose curada y perdonada, muy á cubierto de diabólicas tentaciones, en pleno y saludable renacimiento claustral. Durmióse tan de veras, que su vigilante, de puntillas, fué á recomendarles el silencio á las alumnas, y se quedó con ellas unos minutos, distraída con sus carcajadas, rondas y pasatiempos, y en blanda é intermitente plática con otra

hermana. De tiempo en tiempo, volvía la cara hacia sor Noeline, que persistía en su sueño quieto y reparador. Ocurriósele ir á consultar á la superiora sobre si encerraban ya á sor Noeline para resguardarla del frío de la tarde, y recomendándosela á la monja que acompañaba á las niñas, escurrióse por los arcos del patio, en busca de la madre....

De súbito, sor Noeline abrió los ojos y creyó morir; allí, á unas cuantas varas, veía á Rafael contemplándola con idolátrico recogimiento, inmóvil, callado, sumiso. Sor Noeline tembló ante la pesadilla que le recomenzaba; era el sueño maldito que iba á reproducirse con todas sus sensaciones extrañas. Con sobrehumano esfuerzo buseó á su enfermera, en demanda de auxilio en aquel trance.... y como no la halló, más confirmóse en que soñaba; en que ahora principiaría la persecución muda y tenaz de ese hombre, la ansia inmensa por correr, y escapar, y menearse trabajosamente; el afán de gritar, de pedir socorro y no obtener ni que sus labios se despegasen.

..... ¡Dios misericordioso, qué haría por despertar!

Movióse en el sillón, sin producir siquiera un ruido; levantó una mano, se restregó los ojos, y el hombre clavado en el suelo, siempre quieto, siempre implorándole con su mirar apasionado, un mundo de cosas.... Sor Noeline presentía que por segunda vez hallábase á la merced de él; que no le resistiría; que cuando como en el sueño primero, Rafael se le acercara más y le ciñera el talle con su brazo y la levantara en vilo y le buscara la boca, ella había de ceder y de volver á experimentar la sensación espantosamente deliciosa que exasperó á fray Paulino; la que si no apetecía, tampoco odiaba, porque estaba dejada de la mano de Dios, hasta cuando dormía. Ráfagas de lucidez, decíanle sin embargo, que estaba despierta, que no cayese en ese abismo cavado á sus pies, que huyera, que gritara.... y se incorporó en un arranque de voluntad suprema; asiéndose al sillón, quiso andar y no pudo, —ni más ni menos que en el sueño; apagósele la voz en la garganta y le

flaquearon las piernas, sentóse de nuevo sin sombra de resistencias, vencida físicamente antes de luchar, sudorosa y jadeante. Hasta el momento en que por completo perdió el sentido, todo lo vió cual al través de una gasa que sin ocultar los sucesos sí les quitara su brutalidad. Vió que el hombre se aproximaba, cautelosamente; volvió á percibir su respiración, su ansia mal disimulada de adueñarse de ella; oyó que le hablaba humildemente, que la llamaba por su nombre, bajito, muy bajito:

—Sor Noeline!.....

Y reanimada por misteriosa fuerza,—tal y como en los sueños acaece,—enderezóse una vez más, para marcharse, para despertar y felicitarse de que el peligro hubiese sido falso, una pesadilla que al fin termina compadecida de habernos hecho padecer, de habernos lastimado el cerebro que ya no puede con la tremenda ficción.... pero en lugar de despertar, sor Noeline anduvo unos cuantos pasos en derechura á Rafael, que sobrecogido de terror, apenas si tuvo tiempo

de abrir sus brazos y recibir á la pobre monja que se abatió en ellos y en ellos dobló la cabeza y dejó caer los suyos, sin sentido, respirando difícilmente, pálida como una muerta....!

Lo que acontece en todas las situaciones solemnes, Rafael puntualizó con rápida clarividencia la gravedad del caso: que no debía desperdiciar un segundo ni soltar su preciada carga; que si permanecía ahí, con ella abrazada para que no se le resbalase, no tardarían en sorprenderlo las religiosas produciéndose un escándalo horrible; que sor Noeline, sin haber ejecutado nada malo, estaba perdida en el criterio de todo el mundo; que siendo él el responsable de la catástrofe, de aquella inesperada entrega de su ídolo, debía defenderla, salvarla, huír con ella, por mucho que la huída fuese temeraria. Temeraria y todo, era lo que había que hacer, en el acto, sin aguardar ni pensar más. Y así, casi impensadamente, echósela al hombro,— Rafael no era débil, al contrario,— y con ella á cuestas, emprendió la fuga, de prisa, medio doblado por el peso

y por el miedo. Así atravesó el “jardín grande” del Convento violado, que, no obstante, parecía proteger la fuga del ladrón, según sus árboles iban escondiéndolo y permitiéndole que en sus rugosos troncos apoyara las espaldas, en las dos ó tres ocasiones en que temió desfallecer; según callaban las ramas, las hojas, la arena de su suelo con obstinado silencio de cómplices; silencio castamente perturbado por las risas de las niñas en sus juegos, allá, en el primer patio, muy lejos, y por los infinitos gorjeos de pájaros invisibles que ante la proximidad del crepúsculo se acomodaban en sus nidos, allá, muy arriba, en las copas de los mismos árboles mudos....

Sofocado llegó Rafael hasta el cañaveral de la orilla de la zanja, donde se encontró sin puente; por entre las cañas, distinguió al cochero muy afanado con unas correas que golpeaba en la llanta de una de las ruedas delanteras, mientras un gendarme suspicaz vigilaba la operación, y Chinto, de espaldas á Rafael, después de haberlo visto venir, hacía señas con la mano